

dos sus enemigos, ó perecer si preciso fuere entre vosotros.

«Real de Vergara 21 de febrero de 1839.»

Carlos.

Al momento que se publicó esta proclama, se reunió en palacio un consejo á que asistió el príncipe de Asturias. La mayoría de los individuos que la componian, fué de parecer de que D. Carlos debía ponerse á la cabeza del ejército, y proceder inmediatamente á la prision de Maroto; la minoría opinó que D. Carlos se retirase á Segura, de allí á Alzua y en seguida á Estella, ganando asi tiempo y evitando toda reunion con Maroto, á fin de probar á las tropas que estaba firmemente decidido á llevar á efecto su proclama. Desgraciadamente prevaleció la opinion de la minoría. En dicho consejo manifestó el príncipe de Asturias una energía digna de su nacimiento. «Señor, dijo á don Carlos, permitame V. M. que vaya al ejército; leeré la proclama de V. M. á los valientes voluntarios, me presentaré solo á los fieles defensores de V. M. y haré prender al general Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éxito.» D. Carlos se negó á ello.

Algunas horas despues se reunió segundo consejo, al que asistió el brigadier Balmaseda, á quien D. Carlos habia enviado á buscar al castillo de Vergara, donde se hallaba detenido.

Balmaseda prometió apoderarse de Maroto vivo ó muerto, mas encontró la misma negativa de parte de D. Carlos. Al fin en otro consejo se acordó llamar á Villareal y darle el mando de cuatro batallones que se hallaban en Alzua tomando el de todo el ejército el príncipe de Asturias. Pero cuando el duque de Granada de Ege, que habia sido nombrado ministro de la guerra en lugar del marques de Valdespina, presentó el decreto á D. Carlos, este se negó á firmarle diciendo que habia reflexionado que el príncipe era demasiado jóven para ocupar un puesto tan importante, Villareal dijo que no consentiria en aceptar empleo alguno, á menos que Urbistondo, Latorre y Guibelalde volviesen á ser ocupados activamente. Concedióseles esto, y las tropas destinadas á proteger á Tolosa se confiaron á Urbistondo, que vino á recibir instrucciones, en las cuales se le previno que impidiese á cualquiera costa que Maroto entrase en la ciudad de Tolosa.

El 23 se hallaba el cuartel en Villafranca, y se hacian los preparativos para la marcha á Segura. A las ocho y media de la noche estaba el caballo de D. Carlos ensillado y á la puerta de palacio, y los ministros, parte de la servidumbre y la mitad de la guardia real, caminaban ya para Segura, cuando en el momento mismo en que D. Carlos iba á montar á caballo se presentó en palacio el conde de Negri, y á pesar de la oposicion de la guardia real queofre-

ció á D. Carlos morir peleando en su defensa, entró Negri y obtuvo que D. Carlos le recibiese en audiencia secreta. Apenas habia salido de palacio cuando llegó Urbistondo (12) que declaró á D. Carlos que Maroto acababa de entrar en Tolosa y que lejos de oponerse á su entrada en dicha ciudad, se habia unido á él, como igualmente las tropas que tenia á sus órdenes. La posicion de D. Carlos se hacia cada vez mas difícil, y se decidió á permanecer en Villafranca.

D. Juan Echaveverría esperaba las órdenes de D. Carlos, á quien acompañaba en todos sus viajes, y se habia recostado en su cama cuando vinieron á decirle lo que pasaba, y anunciarle que no se verificaba la marcha; inmediatamente pasó al cuarto de D. Carlos y le pidió permiso para separarse de él y poner su vida á salvo. Don Carlos le rogó que no le abandonase en aquel momento. «¿Puede V. M. protegerme?» le preguntó D. Juan.—«Yo suplicaré en favor tuyo,» contestó.—«No señor; jamás permitiré yo que V. M. se humille hasta ese punto delante de un vasallo suyo. Permitame V. M. que me retire.»—Y ¿á dónde irás que no te prendan?»—«Tranquílcese V. M. sobre eso, que yo sabré defenderme; no podrian cogermé, si yo no quisiera.»

Arias Tejeiro y los demas ministros pasaron una noche cruel en Segura, y al rayar el día 24 Tejeiro volvió á Villafranca. Al llegar

pasó á palacio y pidió una audiencia á D. Carlos, la cual obtuvo á pesar de los obstáculos que le opusieron las personas que rodeaban al monarca. Don Carlos estaba todavía acostado, pero se levantó á las siete y media para recibir á Tejeiro. Cuando el ministro le preguntó por qué no habia pasado á Segura, como habia prometido, D. Carlos le dió esta lacónica respuesta: «Todo está acabado; he consentido en cuanto han exigido de mí; ponte en cobro, porque yo no puedo protegerte.» Don Carlos estaba muy conmovido, y al separarse de Arias Tejeiro, le estrechó entre sus brazos diciéndole: «Mis actos son fruto de la violencia, te lo aseguro bajo mi palabra. Informa á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aquí; díles que no estoy libre, y si puedes ir á reunirme con ellos será lo mejor de todo.»

El mismo dia firmó D. Carlos la siguiente proclama, obra de Arizaga, auditor general del ejército y amigo íntimo de Maroto. Los términos en que está concebida, ofendieron algo á D. Carlos que se atrevió á hacer algunas objeciones; pero Arizaga le dijo: «El general me ha prohibido que deje cambiar ni una sola palabra,» y D. Carlos firmó.

«Animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que he consignado en todos los actos de mi soberanía, no he podido menos de ser altamente sorprendido cuando con nuevos antecedentes y leales informes he visto y

conocido que el teniente general D. Rafael Maroto ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene acreditados en favor de mi justa causa. Estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieran ofrecer á mi régia confianza hechos exagerados y traducidos con dañosa intencion, no deben permitir pase mas tiempo sin la reparacion debida á su honor mancillado; y aprobando las providencias adoptadas por dicho general, quiero que continúe como antes á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo, que si bien ha podido resentirle una declaracion ofensiva, esta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquel mi gracia y la vindicacion de su reputacion injuriada. Asimismo quiero se recojan y quemem todos los ejemplares del manifiesto publicado, y que en su lugar se imprima y circule esta mi espresa soberana voluntad, dándose por orden en la general del ejército, y leyéndose por tres dias consecutivos al frente de los batallones.

Real de Villafranca á 24 de febrero de 1834.

Carlos. (13)

El 25 pasó Maroto á Villafranca, acompañándole algunos batallones afectos á su persona,

y el escuadron de Carrion. Esta caballeria llegó á las puertas mismas de palacio y formó en batalla en frente de ellas, llevando cargadas las carabinas. Maroto subió á la antecámara donde encontró á Villavicencio, y apoyando las dos manos en el puño del sable cuya punta tocaba al suelo, le dijo: «Esto ya es otra cosa; ahora se puede venir á palacio, sin peligro de volver á encontrar en él á toda esa canalla.» Admitido á la presencia de D. Carlos, le pidió Maroto del modo mas imperioso las cabezas del obispo de Leon, Arias Tejeiro, Lamas Pardo, D. Celestino Celis y D. Diego Miguel Garcia, y estaba tan resuelto á mandarlos fusilar que la vispera habia encargado á Urbistondo que dijese á don Carlos que aunque los ocultase entre las suelas de sus zapatos, vendria á sacarlos de allí. Don Carlos, sin embargo, se negó á satisfacer tan bárbara exigencia; Maroto no se atrevió á insistir mas, y se decidió su destierro. (14)

El 27 salió D. Carlos de Villafranca y fue á Tolosa, y el dia siguiente se puso Maroto en marcha para Vizcaya con 4 batallones de infanteria y 2 escuadrones de caballeria. Desde aquel momento fue dueño de todas las provincias, y auxiliado por el ministro de la guerra el brigadier Montenegro, emprendió la reorganizacion del ejército. Elío recibió el mando de Navarra; D. Simon Latorre el de Vizcaya; Alzáa fue confirmado en el de Alava, é Iturriaga en el de

Gaipúzcoa; los batallones castellanos se pusieron á las órdenes de Urbistondo; Villareal fue nombrado ayudante de campo de D. Carlos, y Zariátegui agregado al estado mayor. Por medio de estos nombramientos quedaba todo el ejército á disposicion de Maroto, y le era imposible á don Carlos dar paso alguno sin su conocimiento.

Verificados estos cambios en el mando del ejército, dió una orden al ministro de la guerra, por la cual se mandaba á Zorrilla, baron de Juras Reales, Otal y Villeda, consejeros de Castilla, Arpe, corregidor de Vizcaya, y Piedra, corregidor de la isla de Leon, que examinasen las piezas del proceso formado contra Elío y Zariátegui. Los anales de la historia no presentan un hecho semejante al de esta supuesta investigacion judicial; dos de estos magistrados habian tenido ya parte en el proceso en la época en que se intentó juzgar á los generales, y entrambos los habian declarado culpados; ahora se les pedia una nueva opinion acerca de las causas, y los acusados no solamente estaban en libertad, sino que acababan de ser colocados á la cabeza del ejército. Para hacer mas ridiculo este simulacro de justicia, un ayudante de campo de Elío fue el que llevó á cada uno separadamente los documentos del proceso, rogándole de parte de su general que abreviase su despacho lo mas que pudiera.

Al llegar á Vizcaya caminó ya Maroto re-

sueltamente hácia el fin que se habia propuesto desde mucho tiempo. Su correspondencia con Espartero recibió mayor actividad, y fueron exorbitantes sus exigencias; mas las respuestas de Espartero, evasivas al principio, se hicieron menos satisfactorias cuando por la toma de Ramales y otros puntos pudo internarse en Vizcaya. Asustado Maroto, se dirigió á lord John Hay, rogándole que obtuviese de Espartero algunas promesas positivas, y si fuese posible la garantia de la Inglaterra. Lord John Hay consintió en ello, y habiéndose puesto de acuerdo con Espartero, envió un oficial con pliegos para lord Palmerston. Este ministro recibió con tal placer las proposiciones hechas por Maroto para vender al monarca, que en medio de su alegría olvidó su acostumbrada circunspeccion, comunicando á alguno sus esperanzas, y su confidente fue sin duda bastante indiscreto, puesto que un amigo de D. Carlos recibió la siguiente carta.

Londres 29 de mayo de 1839.

«Mi querido amigo: supongo que estará usted al corriente de todo lo que pasa, asi como de la traicion de Maroto (*), que por el vil in-

(*) Repetimos aqui en particular, lo que en general hemos dicho en la advertencia preliminar; no

terés de una cantidad en dinero, y la promesa de la capitania general de la Habana, ha vendido á su patria, á su rey y á sus hermanos.

«De los partes oficiales que ha recibido este gobierno del coronel Lacy, y que yo he visto, resulta que el rey se hallará muy pronto en la misma situacion que se encontró D. Miguel cuando se hizo el tratado de Evora-Monte.

«Parece que el gobierno español queria encerrar á D. Darlos en Iviza, pero el ministerio inglés, mas generoso, ha pasado notas pidiendo que se le permita fijar su residencia en Italia.

«En este momento deben haberse atacado ya todas las líneas para estrechar el terreno y hacer mas facil la ejecucion del plan convenido. He dado noticia de todo esto al gobierno del rey, y aun he remitido documentos justificativos por diversos caminos, pero parece que Ramirez de la Piscina se ha puesto de acuerdo con M. de L. para que se le entregue toda mi correspondencia. Nada llega á noticias del rey, que

tratamos de ofender al general don Rafael Maroto ni á nadie, y así es que cuantas veces hemos encontrado en el testo espresiones que podrian denigrarle, las hemos suprimido, y hemos omitido varias notas enteras del autor que tenian ese caracter. Sin embargo, en los documentos, de cualquiera clase que sean, nos hemos visto en la necesidad de conservar el lenguaje que usan, aunque sea duro porque lo contrario habria sido desfigurar dichos documentos.

ignora absolutamente la suerte que le preparan, y yo no veo otro medio de salvacion que el que S. M., ó á lo menos el príncipe, vaya á reunirse con los condes de España y de Morella. Cuando esten ocupadas las provincias y entregado el rey, debe pasar Espartero á Aragon con un ejército de 80000 hombres para destruir al conde de Morella, y en seguida al de España. Solo Dios puede salvarnos; tengamos confianza en él, pero sería preciso un milagro para desbaratar los planes del arzobispo de Toledo y del capitan general de la Habana, pues ya sabrá vd. que se han ofrecido estas dos dignidades al P. Cirilo y á Maroto, y demas asociados marotistas, que bien merecian tener la misma suerte que Quesada.

«He recibido cartas del cuartel real, del 17, y son verdaderamente desconsoladoras, pues SS. MM. y AA. estan cautivos, desesperados y sin un cuarto. El P. Cirilo ha hecho ir á Tasset al cuartel real á fin de contraer un empréstito, pero no creo que pueda conseguirse nada de él, pues es tan sagaz como S. E. y aunque no es fraile, tiene mas habilidad que la que el otro se imagina.

«Don Manuel Aznarez ha salido para París, donde se pondrá á la cabeza de la junta.

«El decreto dado para la devolucion de los bienes de los cristinos es obra del P. Cirilo; le habia redactado aqui, y era una de las primeras medidas que debian ponerse en planta luego que

se hallase en el poder. Su amigo Chacon, ministro de marina por el gobierno de Madrid, ha caído, y esto es una felicidad para nosotros.

«Zea Bermudez se encuentra aqui; está mejor informado que nosotros de todo cuanto pasa en el cuartel real, y detesta á Maroto á causa de sus infamias.

«Otras muchas cosas pudiera decir á vd. pero supongo que ya las sabe.»

R. S.

En la misma época que se escribió esta carta, los realistas desterrados recibieron del mismo sugeto otra muy importante, que les decidió á publicar la siguiente proclama.

«Voluntarios de Carlos V, y pueblos vascongado-navarros.»

«El hombre de maldicion, el impío Maroto ha consumado su obra de iniquidad; ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerandos fueros, y á los ingleses vuestro rey, prometiéndoles entregársele en San Sebastian.

«Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto del infame Maroto.

«Se ha interceptado en Francia su correspondencia, y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrilega venta que ha hecho el miserable, de su patria y de su rey.»

Esta proclama produjo una gran sensacion, pero era tal el terror que inspiraba Maroto que nadie se atrevia á quejarse, y mucho menos á examinar en público sus acciones. Su poder se habia aumentado considerablemente con el apoyo que le daba el partido de los transaccionistas, pues creyendo estos que trabajaba para su interés, hicieron los mayores esfuerzos á fin de mantenerle en su puesto; formaron juntas en diversos puntos del pais, sus principales agentes Madrazo y Orejon iban y venian de Bayona, á Paris y á las provincias, y las correspondencias secretas eran sumamente activas. Los individuos de estas juntas suponen que su objeto era legitimo, pues estando los pueblos fatigados y deseosos de la paz, el único medio de obtenerla era la abdicacion de D. Carlos en favor de su hijo y un casamiento entre éste y la joven Isabel; pero protestan altamente contra toda intencion de abandonar sus principios, y se quejan amargamente de Maroto, que, segun dicen, les ha engañado hasta el último momento. Pensando caritativamente se debe creer en su sinceridad, pero es de temer que la historia se muestre mas severa con respecto á ellos.

Los realistas desterrados, asustados al ver la suerte que esperaba á la causa por quien habian sacrificado sus bienes y familias, y temiendo mucho por la seguridad personal de D. Carlos, tomaron algunas medidas para que llegase á conocimiento de este el peligro de su situa-

cion. Con este objeto publicaron varios documentos, y entre ellos el siguiente dirigido á los habitantes de las provincias vascongadas.

Voluntarios y pueblos vasco-navarros.

«Maroto está pronto á consumir vuestra ruina; entrega todas vuestras plazas fuertes y va á imitar la conducta de los generales portugueses en Evora-Monte. Como lo fue don Miguel, D. Carlos será entregado á sus enemigos.

«No creais los rumores que hacen circular de que vienen 50000 franceses á sostener á Maroto; ese es un engaño que no tiene otro objeto que el de adormeceros en una engañosa seguridad, para tener el tiempo necesario para consumir el crimen.

«Maroto está abandonado por las potencias del Norte, y el gobierno francés prepara una escuadra para bloquear vuestros puertos.

«Voluntarios y pueblos: ¡á las armas! ¡Salvad á vuestro rey y con él vuestras personas y fueros.

«¡Viva la religion! ¡viva el rey! — 19 de junio de 1837.»

Inmediatamente que se abrió la campaña contra Ramales, escribió Maroto á D. Carlos, pidiéndole que le diese el mando en jefe de todos los ejércitos carlistas, y para apoyar esta

pretension decia que hallándose próximo á poner en ejecucion un vasto plan que habia meditado mucho tiempo, era indispensable que los condes de España y de Morella estuviesen á sus órdenes, pues necesitaba su cooperacion. D. Carlos sometió esta estraña pretension al consejo supremo de la guerra para que la examinase y diese su parecer acerca de ella. El consejo se componia de los generales Eguía, Lardizabal, Saraza, Cabañas, y el conde del Prado, y de los magistrados Lorenzo, Mozo, Arrizaga, Ventos, Frias, y Maruri; del fiscal civil Eyaralar, y del fiscal militar el brigadier Estrau.

Habiéndose reunido el consejo se suscitó un violento debate; la peticion de Maroto fue apoyada fuertemente por Eguía, Saraza, el conde del Prado y Arizaga, pero la mayoría se declaró en contra y fue desechada. Eyaralar para probar que debia negarse la pretension se fundó principalmente en la imposibilidad de poner á un antiguo militar como el conde de España á las órdenes de Maroto, y añadió que ni él ni Cabrera, que tan eminentes servicios habian hecho á la causa carlista, consentirian jamas en ver á Maroto generalísimo y obedecerle.

En los primeros dias del mes de julio envió Espartero á Maroto un periódico de Madrid que publicaba algunas cartas que se habian interceptado, y estaban escritas por Arias Tejero desde el campo de Cabrera, y enviadas á don Carlos con sobre al ministro de hacienda Mar-

có del Pont. Terrible fue la cólera de Maroto, y con trabajo pudieron sus amigos impedirle que se dirigiese al cuartel real á satisfacer su rabia en el mismo D. Carlos, mas al fin le hicieron conocer que su precipitacion iba á desbaratar un plan tan bien concebido, en el cual se trabajaba tanto tiempo hacia, y que tan buenos resultados debia producir. Tranquilizado Maroto escribió á Marcó del Pont que sabia que estaba en correspondencia con los desterrados en Bayona, y que esta conducta podia atraer sobre él grandes desgracias, poniendo en peligro su cabeza y aun la de D. Carlos, pero que su generosidad era tal, que se lo advertia para que saliese del cuartel real, y no volviera á poner los pies en él.

Marcó del Pont presentó esta carta á don Carlos, mas cediendo á las instancias de éste consintió en permanecer á su lado. Cuando Maroto supo que Marcó del Pont habia desobedecido sus órdenes, resolvió hacerle asesinar, mas prevenido aquel á tiempo, creyó que debia ponerse á cubierto de la venganza de Maroto, y abandonando á Oñate se retiró á un sitio seguro, donde permaneció hasta despues de haberse pasado Maroto, que fue de nuevo llamado por D. Carlos. Desde su retiro escribió Marcó del Pont para engañar á Maroto, una carta con fecha de San Juan de Luz, á un tal Beotas, empleado en el ministerio de hacienda, circunstancia que dió origen á la voz de que se había

refugiado en Francia, y le libró de las persecuciones.

El 18 de julio envió Maroto á Montenegro, para que la refrendase, la siguiente real orden, dirigida al mismo Maroto.

« Excmo. Sr.: A medida que se acerca el término fijado por la divina Providencia para la cesacion de la actual lucha fratricida, la revolucion agota los mas execrables medios para retardar su caida, poniendo en juego maniobras infernales y procurando introducir la desunion entre los valientes y fieles defensores de la justa causa, mientras sus batallones aterrados por los intrépidos esfuerzos de los heróicos voluntarios, salen únicamente de sus guaridas para destruir con la tea incendiaria las haciendas de los pacíficos habitantes, sembrando por todas partes adonde puede alcanzar su tiránico poder, la desolacion y la ruina, y hoyendo cobardemente en el momento que se les descubre: ensayando por otra parte las viles armas de la intriga, aprovechando las mezquinas pasiones y los innobles deseos de algunos apóstatas de los principios monárquicos, espulsados de estas provincias por causa de su criminal ambicion y de sus excesos, y que, si acaso no obran de acuerdo con la revolucion, como parece muy probable, la sirven por lo menos con la mayor utilidad con sus infames planes, urdidos para volver á obtener en el gobierno un influjo que no adquirirán jamás; pues la justicia del sobe-

rano está cada vez mas convencida de la peligrosa direccion que estos falsos realistas daban á los negocios del Estado, asi como de las medidas arbitrarias, cubiertas con la máscara de una lealtad á toda prueba, por cuyo medio sostenian su omnipotencia.

«Desesperados por su bien merecida separacion del lado del monarca, tan luego como este los ha conocido, arrojan ya la hipócrita máscara de su mentida adhesion á la causa legítima, y para tratar de destruirla por medio de otro plan, envian á uno de sus corifeos, dotado de sagacidad, al mismo tiempo que lleno de ambicion al lado de un general joven y cubierto de recientes laureles, y aprovechándose de su ardiente entusiasmo, y de su apasionado amor á su rey; le pintan á éste como privado de su libertad y rodeado de enemigos que abusando de su real nombre dictan medidas propias para minar y destruir sordamente el trono, á fin de que aquel heróico guerrero, persuadido asi de esta intriga, se niegue á escuchar la voz legítima de su soberano, cuando se le transmite por órganos que se suponen infieles. Tambien quedarán engañados en esta última esperanza, como lo han sido en las anteriores, pues tan luego como la verdad consiga disipar las sombras de la impostura en el corazon de aquel jefe, será el primero á detestarlos y procurar su castigo, que no está distante, uniendo sus esfuerzos como ha hecho hasta aqui con

los de V. E. y de sus mas valientes soldados para terminar la lucha.

«A la vista tenemos varios ejemplos que confirman esta verdad. Las cartas de un desterrado, y del general Cabrera, circulan en los periódicos revolucionarios, y no siendo todo cuanto contienen mas que un tejido de falsedades y enredos, no tienen otro objeto que el de introducir en este valiente ejército la desconfianza y la falta de union que es indispensable para el triunfo.

«Por otra parte, han esparcido noticias relativas á la direccion que se ha dado á los fondos que suponen existentes, y destinados á nuestros leales defensores; y finalmente en todo lo que han hecho circular, se sirven de espresiones dirigidas á deprimir y envilecer la autoridad real, y á difamar á su gobierno y á los jefes militares. Y como desgraciadamente hay personas que por malicia, ignorancia ó debilidad, dan á lo que oyen diferentes interpretaciones, este inconveniente ha llamado la atencion del soberano, y á fin de evitar los resultados que la circulacion de tantas falsedades pudiera causar en su leal ejército, y entre los fieles habitantes de estas provincias, me manda el rey diga á V. E. como de real orden lo ejecutivo, que S. M. reprueba altamente un medio tan infame, y que dictará las medidas mas oportunas para castigar con mano fuerte á los que olvidando la indulgencia con que en otras